

Presentación

Cuando Francis Fukuyama publicó hace una década aquel turbulento ensayo “El fin de la Historia”, reavivó la discusión, tanto entre historiadores como entre científicos sociales, sobre el valor de las ideologías, estructuras sociales y sistemas políticos y modos de vida de las sociedades humanas de fin de siglo. Después de casi 100 años de historia contemporánea, ¿qué se ha conservado?, ¿qué se ha transformado, qué se ha aniquilado? Independientemente de las respuestas, no hay duda de que este complejo mundo finisecular exige una lectura diferente de las que hasta hace poco se hicieron, si es que intentamos aprehenderlo con cierta coherencia. Las extraordinarias modificaciones que se han suscitado, desde las políticas hasta la revolución informática que nos amenaza, en ocasiones, con rebarnos, así lo exigen.

Si definiéramos en pocas palabras esta turbulenta y dinámica época, no podríamos estar más de acuerdo en utilizar aquel concepto que usara el director de la región Asia-Pacífico en el Ministerio del Exterior del gobierno norteamericano, Robert Cooper: “el monopolio de la cooperación”. Por ello entendemos una impresionante movilidad en diversos ámbitos, en especial los económico-financieros, que ha obligado a muchas sociedades y sus gobiernos a una apertura de sus fronteras convirtiéndose en socios obligados de sus contrapartes al “firmar” un tratado tripartito: “democracia liberal, imperio de la ley y cooperación internacional”. En otras palabras, las naciones han tenido que cooperar cada vez más con los intereses, proyectos y estrategias de las naciones que han hecho de estos postulados la actual pauta a seguir. Ello puede gustar o no a las dirigencias políticas o a las opiniones públicas de muchos países, pero, a pesar de ello, el monopolio de la cooperación que cada vez más ejercen unos países sobre otros más, no es un proceso a evitarse, sino a integrarse en él.

Pocos fenómenos han sido tan debatidos como este proceso de globalización. Si éste es bueno o malo no tiene relevancia, pues en las ciencias sociales los juicios de valor deben dar cabida, antes, a la comprensión de la realidad. De lo que no hay duda es de que la mundialización ha dejado atrás viejas concepciones como las de soberanía política e identidades étnico-culturales. Las sociedades, como los Estados, se han vuelto más permeables a todo tipo de influencias e injerencias y si bien la apertura económica, política y cultural puede enriquecerlos, también éstos deben estar dispuestos a pagar el precio por ello: la limitación en su capacidad de decisión autónoma. Irak y Yugoslavia son paradigmáticos en este sentido: una decisión política de intervención avalada internacionalmente (¿democráticamente?) acabó con este “mito genial” de la soberanía. Medio Oriente y los Balcanes nos han enseñado que los arquetipos clásicos del quehacer político han, a pesar de muchos, sido transformados: cada vez más, al parecer, la otrora condenable injerencia de un Estado en los asuntos de otro amenaza con convertirse en una espinosa regularidad. Los derechos humanos, entre otros factores, han causado que la “razón de humanidad” se levante sobre la razón de Estado. Asimismo, las lealtades se van transformando pues muchas identidades nacionales no se conducen necesariamente por una lealtad vertical al Estado a toda prueba. La autoridad política de éste está declinando ante movimientos internacionales como los derechos humanos y la economía de mercado. La diversidad y la multiplicidad se van abriendo campo en lo que antes era coto exclusivo de la singularidad, la exclusividad y la soberanía.

Pero, por otro lado, aunque los Estado-nación han tenido que ceder frente al mundo-nación en varios aspectos, éstos siguen constituyendo un referente aún imprescindible para muchos pueblos de la Tierra. De hecho, lo internacional *vs.* lo nacional, lo local *vs.* lo global, lo universal *vs.* lo particular parecen ser disyuntivas de fin de siglo que aún no encuentran satisfactoria salida.

En un escenario tal, las identidades, tanto individuales como nacionales, tienen, a su vez, que ser redefinidas. Las lealtades verticales de antaño han tenido que ceder a las horizontales, donde se pueden compartir distintos referentes étnicos, culturales e, inclusive, nacionales, sin menoscabar el propio.

Esta necesidad de leer de nuevo nuestro tiempo desde la revisión teórica a las reconstituciones de las identidades, es abordada en el presente número de la *Revista*. Así, en la sección de Perspectivas teóricas publicamos un interesante trabajo del connotado investigador de filosofía e historia política Martin Jay, titulado “¿Está la experiencia aún en crisis? Reflexiones sobre un lamento de la Escuela de Frankfort”. En él, el autor hace una interesante análisis de esta fundamental corriente de pensamiento político con relación al valor que tiene, o no, la experiencia del individuo frente a un mundo presa del horror bélico, por un lado, y la despersonalización que la tecnología suele causar, por el otro. De esta manera, las guerras del siglo XX, entre otros factores, han hecho de la experiencia personal directa un asunto a larga distancia. La soldadesca no combate ya viéndose en los ojos del enemigo; el bombardeo a distancia, sin comprometer las vidas del infante del país agresor, ha venido a ocupar el lugar de la experiencia directa del combate. Por igual, la Revolución de las Tres W's (*World Wide Web*) ha hecho de la comunicación —otro vehículo primordial de contacto personal— un fenómeno que llega a millones de gente... pero sin rostro. De nuevo, la experiencia directa del hecho ha sido trocada por el distanciamiento del hombre frente a la experiencia directa de los hechos. La “despersonalización” de la realidad también se globaliza. La conclusión, al parecer, es que la experiencia de la vida cotidiana está, en el mejor de los casos, en crisis.

De igual manera, las identidades personales y de grupo han tenido que ser revaloradas al calor de la tolerancia o intolerancia que entre ellas se suscitan.

A este respecto, Silvia Molina y Vedia analiza a otro gran teórico, esta vez de la sociología, en “Identidad, tolerancia e intolerancia: un horizonte abierto a la investigación desde la teoría de los sistemas de Niklas Luhmann”, donde defiende las teorías del sociólogo alemán sobre los sistemas autorreferentes y autopoieticos, mismas que permiten abordar de una manera clara y sencilla la compleja relación entre identidad, tolerancia e intolerancia permitiendo comprender la difícil disyuntiva posmoderna de “cómo ser otro sin dejar de ser uno mismo”.

La constitución de la identidad, sea colectiva o individual, es un proceso, ciertamente, complicado y de larga duración que compren-

de muchos factores en su formación. Si es posible afirmar que hechos que nunca existieron concretamente no dejan de ser tan históricos como los que más, esto se puede aplicar por igual al proceso de formación de las identidades, pues éstas se conforman no sólo de aspectos concretos, sino también simbólicos y, aún más, mitológicos. Así, por ejemplo, el hecho de que el símbolo patrio mexicano por excelencia (el águila posada sobre un nopal devorando una serpiente) no se halle sustentado en una realidad histórica, estrictamente hablando, no invalida su papel como foco de identidad. Así también con las identidades. El símbolo, el mito y el arquetipo son factores imprescindibles en sus formaciones. De esta temática nos habla Julio Amador en la sección Cuestiones contemporáneas a través de su trabajo "Mito, símbolo y arquetipo en los procesos de formación de la identidad colectiva e individual".

Sin lugar a dudas, los procesos identitarios revisten una importancia singular cuando del sector juvenil se trata, pues son justamente ellos, los jóvenes, quienes más propensos están a recibir influencias que marcarán sus caracteres e identidades de manera indeleble, ora como individuos, ora como colectivo. En este proceso, los medios de comunicación desempeñan un papel fundamental como moldeadores de identidades. En su trabajo, "Comunicación e identidades juveniles", Delia Crovi aborda esta cuestión haciendo hincapié en que la historia, las fronteras simbólicas y el carácter relacional son rasgos que, además de articular a los medios con los jóvenes, se constituyen en rasgos fundamentales de las identidades juveniles.

La identidad ha tenido también que definirse frente a la globalización. Si bien este proceso tiende hacia lo universal, muchos referentes de identidad aún se enmarcan en lo regional. Aún más, la regionalización bien puede brindar respuestas a cuestiones que las sociedades globalmente internacionalizadas todavía no tienen. Este aspecto es analizado por el director del Centro Español de Relaciones Internacionales (CERI), Antonio Remiro, en el artículo que abre la sección Sociedad y política, "Globalización y regionalización. Respuestas regionales a los problemas no económicos". En este trabajo, el autor destaca además la importancia que tienen las formas de integración latinoamericanas —Grupos Contadora y Río— y la cooperación interregional entre América Latina y Europa como

medios para contrarrestar el margen de autonomía que los países latinoamericanos tienen todavía con respecto al coloso del norte.

Innegablemente, la globalización ha tenido que poner a prueba a uno de los organismos internacionales más importantes creados durante el transcurso del siglo xx: la Organización de las Naciones Unidas. En “Nuevas reflexiones sobre los elementos esenciales de la imprescindible reforma de las Naciones Unidas”, Edmundo Hernández-Vela hace énfasis en la imperiosa necesidad de reformar esta organización ante su imposibilidad manifiesta de funcionar en el actual panorama internacional. Para ello, debe transformarse realmente en una organización con autoridad internacional suficiente que la independice de los juegos de interés de las grandes potencias y, de esta manera, responder efectiva y realmente a las necesidades y expectativas de la sociedad internacional.

Si de necesidad de reformas hablamos, Italia tendría mucho que enseñarnos. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, la república italiana, políticamente hablando, ha reflejado un tremendo mosaico de gobiernos en un constante sube y baja político. Es impresionante cómo un país con tan frágil y volátil situación política pertenezca, al mismo tiempo, al poderoso Grupo de los Siete. Una análisis de este dilema, desde el punto de vista histórico-político, es presentado por Roberto García a través de su artículo “La segunda república italiana”, misma que busca afanosamente esa profunda reforma política que tan urgentemente necesita el voluble sistema político italiano con el fin de adecuarse a los nuevos tiempos de la posmodernidad.

En la sección Documentos, volvemos a incorporar el género de la entrevista, con el fin de conocer las opiniones de connotados científicos sociales mexicanos y extranjeros sobre el panorama político y social del país y del mundo. Esta vez, Héctor Zamitiz indaga, a través de un acucioso cuestionario, las impresiones y experiencias de Marcos Kaplan en torno a la ciencia política. En “Ciencia, política e interdisciplina: una perspectiva teórica del Estado latinoamericano”, se nos ofrece un marco conceptual en donde podemos vislumbrar qué lugar ocupa la ciencia política en la actualidad y, muy especialmente, en relación con otras ciencias sociales.

Los temas de la globalización, la tolerancia hacia las identidades culturales específicas y el conflicto entre el tribalismo y la solidaridad

internacional son abordados a través de tres reseñas que publicamos en la sección del mismo nombre. En “¿Un imperio con futuro?”, Lucila Ocaña reseña a Robert Kaplan, *Viaje al futuro del imperio. La transformación de Norteamérica en el siglo XXI*. A su vez, Déborah Roitman reseña a Michael Waltzer —*Tratado sobre la tolerancia*— en “Modernidad y globalización: paradojas”. Finalmente, en “Una nueva paradoja”, *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna* de Michael Ignatieff, es reseñado por Gilda Waldman.